

Falsos granos de café

Nolram



Capítulo 1

Falsos granos de café

Cuando niño era conocido por su zona, era el 'Golero' por eso de moverse a través de todo lo muerto y putrefacto en el pueblo. Además se comía los mangos de la mata ajena, solía dejar las cáscaras en la escena del crimen como burla.

Su nombre en realidad no es el del ave, nadie sería tan malicioso para hacerle eso a un hijo, por diferencia, su nombre era Fredericobic Michael Álbarez, el nombre puesto por su madre referencia a un empresario ruso de su novela favorita, de esas donde el modelo de revista, modelo a seguir, ricachón y sexualmente intenso, se casa con la pobre y desahuciada protagonista tan bella como él, Michael por un cantante por allá de los años '80. que hizo tanto eco como para llegar a las profundidades del Eje Cafetero, mientras que su apellido cae del de su padre, dueño de una finca, que a la edad de 33 años cambió a la hija de Don Reinaldo por unos chivos y una vaca.

Pero para no decir su extenso y complicado nombre nos decantaremos por llamarle 'Golero', esta costumbre de mascullar entre los árboles ajenos le hizo ganar la apatía de todo el pueblo entero, reconocido por todos y acusado por ninguno, debido a que su padre se transformó en Don Álvarez, dueño de uno de los sembradíos más grandes de café de su pueblo compitiendo a escala regional.

Su único peso era ese muchacho arrabalero que le hacía pasar tanta vergüenza. para desligarse de él, le compró una choza en el monte para que dejase de molestarle la vida, de lo que trabajase no era su problema, que se mantenga por sí mismo como buen macho, obviamente Golero tuvo sus reticencias y trató de todo para quedarse en la finca de su padre, cuidar el patio de bandidos nocturnos, o más bien, el reguero que formaba en el patio para simular entraderas de arrabaleros, criar a los perros, o mejor dicho volver bestias de presa que solo le atacaban a él, trató de hacer de mozo en los sembradíos de su padre, pero laceraba sus cultivos volviendolos nidos para plagas y estiercol.

Tuvo que aceptar al final su inutilidad, pero a regañadientes se preguntaba cómo se atreve a hacerle eso a un treintañero, en la flor de la juventud, era simplemente inaceptable, pero tuvo que ceder con una rula al cuello, métodos de negociación infalibles y masterizados por Don Álbarez. Los años venideros sería complicados y tediosos, viviendo de lo que su padre le mandaba, en un principio, ya que cada vez esas bonanzas se hicieron más esporádicas, al punto de ya no llegar más su

sostén económico principal.

Rebuscándoselas, consiguió un trabajo en el monte cortando el follaje. que se usaría para expandir los cultivos de arroz de los Richie, un clan de terratenientes con más de 150 años avalando su usura en la región. En una de esas noches plenas donde las estrellas manchan el cielo como gotitas de pintura, Golero se encontró, envuelta por el follaje de un árbol de mango, una mujer desvanecida entre las ramas.

Retuvo en su memoria su cuerpo posado con tal preciosidad, igualitica esas mujeres que salían en las revistas que estaban metidas en una caja, bajo la cama de su padre, que viejo tan sapo y tan lambón, sacudiendose ese pellejo fofo indignamente viril con foticos de revista. Era deslumbrante su rostro aporcelanado y sus ojos pálidos emulaban a las guanábana, dejó a discreción si sus iris grisáceos y opacos cabellos eran de este mundo, todavía lograban verse estas exquisiteces anatómica bajo esa gorra militar, manchada con sangre en un costado.

Todo en su conjunción le hacían ver como la mujer más hermosa, después de su madre, que jamás había visto, bajó de aquella hojarasca morada con cariño al posado cuerpo, como por angeles bromistas, retirándole aquella gorra, en la frente tenía un agujero, uno profundo y estancado en su materia gris, que del pavor se le cayó de entre las ramas y vaya suerte que supo detenerla con su flaco pecho, al chocarse con él, se abultó lo voluminoso tapado tras su gran camisa de camuflaje.

Se arrancó en tiras su camiseta para ponerla dentro de esa herida profunda para que deje de sangrar, dejó la gorra tirada entre tierra y hierba montesa, en mitad de caminó quiso retificar, prefirió seguir antes de ser visto llevando a una mujer en la espalda, en plena noche y con una hendidura sangrienta, delatora de lo que le habría hecho. Abandonó a aquella gorra, a visperas de ser tomada por lo que sea a cualquier hora, el monte duerme jamás.

Tenía duda y desespero, porque las ganas de reportar a las autoridades revoloteaban por sus cejas histrionicas. Pero el sentía que ella le hablaba, decía cosas para que se quedara con ella, seguramente porque su alma le estaría diciendo que la haga feliz, mucho más de lo que habrá en vida.

Tuvo mucho cuidado si al moverse entre matorros ella se atoraba, esquivando arboles como un verdadero lince, con cuidado de no atascar la ropa de la mortecina, sobre todo su camisón que le quedaban varios talles por encima, ocultando sus manos, se enganchó con las ramas de un retorcido y viejo árbol de mango, lo pateó repetidas veces de la impotencia, cayendo dos mangos agarrados con una sola mano "Años de práctica", dijo para si, olvidandose su trayecto hizo tanta fuerza para

sacarle que desgarró la tela de su largo camisón.

Únicamente un dolor en su pantorrilla, causado por unas espinas envueltas entre el follaje del espeso monte nocturno le hizo despertarse de su ensueño, prefirió abstenerse de distraerse para hacerla sentir excluida. Ya en su choza, la acomodó en su cama y le fue sacando el uniforme que tan mal se le veía, poco a poco de forma cariñosa, Esas prendas estaban nuevitas, en realidad parecía recién compradas y estrenadas, pero se las sacó como si fuera el vendaje de una momia, lo dejó doblado sobre un taburete que tenía al lado del espejo.

Le costó nada sacar las botas, sobrándole unos siete talles a sus pequeños y finos pies, sacó la bota izquierda del pie derecho y viceversa, incluso ellas estaban nuevas, y lo notó cuando se raspó la mano con la suela, podría usarlas el para ir por el monte y no se resbalaría ni por suerte.

Lo hizo tan suavemente porque quería hacerle entender que no le iba a hacer daño ¿En el otro mundo ella estará viéndolo mientras la trata con tanto cariño? No lo sabía pero no le daba miedo un posible castigo, sino más bien, que notara su aprecio y amor aún a su inerte cuerpo.

La tuvo desnuda durante unas horas de la madrugada, donde recurría a sacudir su sexo buscando desestrés, pero no sintió excitación alguna, sentía envuelta a su frente como por una bruma púrpura que solamente le hacía sentirse feliz y emocionado, a la espera del irreparable destino de verla despertarse, en ella notó un cuerpo sensible y suave, con la piel como seda y lisa cual si fuera la piel del mango. Es más, tomó el mango que había recogido y palpó ambos para comparar, su sorpresa fue mínima, ella tenía una piel más suave que la misma fruta en su estado de dulzura justo, su piel se hacía más suave cuando se acercaba a su zona íntima pero antes de siquiera llegar a tocar el ombligo frenó ese impulso aberrante, él no haría nada que ella no quisiese.

Le miró las manzanas marrones que, por su tamaño más bien eran cocos, pero sin sus clásicos tres agujeros. Palpó y acarició su cuerpo suavemente, como un periquito buscando semillas, evitando contacto con esas zonas erógenas, no quería ni verle allí abajo. No tenía abolladuras, ni marcas violáceas, sus hombros estaba totalmente suaves, no estaban deformados de ninguna forma y parecían anchos como si fuera la espalda de un hombre. Ella siempre fue una mujer tozuda, un poco robusta sin dejar de tener una cintura delgada, cuello fino y unas piernas carnosas acompañantes del rebote corporal cuando caminaba, para vivir en el monte como ella vivía tenía el cuerpo demasiado bien cuidado, como si nunca hubiera trabajado o cargado algo cuesta arriba.

La sangre no salió de su agujero en ningún momento, la había tapado bien, con las tiras de su propio uniforme mojados y salados con sal

gruesa.

Él la conocía perfectamente, en el pueblo era conocida por ser todo un mujerón, 33 años sin hijos y soltera, de piel morena y ojos grises como un gato montés, pero brillantes como luciérnagas en apareamiento, siempre hubo teorías sobre que viviese tan bien sin trabajar de algo serio, muchos la acusaban de prostituta, otros de traficante y los creativos que era paramilitar. Obviamente, si era un mujerón era por sus figura voluptuosa, había escuchado a alguno de sus compañeros hablar de "Las ubres de la negra esa" o "A ese cuatroletras le vienen sobrando es vocales", cuando la dio vuelta notó que tenía algunas raspaduras recientes, como si la hubieran arrastrado por el suelo, pensó que había sido él y le pidió perdón, a la altura de sus montes inferiores las pecas se sublevaban como si sus grandes nalgas fuesen pan dulce, entre una de ellas tenía una espina que probablemente obtuvo al caer al piso. Ella no subía al monte por ningún motivo, tampoco tenía horarios inflexibles siempre salía los fines de semana, solo se desaparecía por la ruta principal, volvía bañada, vistiendo ropa nueva, exactamente del mismo bus y por la misma entrada, haciendo que el mito acrecentara de boca en boca.

Yuledis es su nombre, pero escuchaba decirle con una voz susurrante otro nombre, mientras palpaba su gran retaguardia con mentol y talco, sacar esa espina llevó su buen tiempo pero valió la pena, ahora lo tenía perfecto y hermoso, se podría pensar que estaba operado por su perfección, como melones grandes y maduros, pero con una textura similar a una almohada recia denotaba su total naturaleza.

Todavía no entendía que nombre era, sacándole un diente partido fue que lo escuchó bien, de tan cerca que estaba de su garganta. En un instante lo comprendió totalmente, ella quería llamarse Leonor, como su madre ¿Hace cuanto no visita a su mae? Desde que papá lo echó.

Eso él lo sintió como un mensaje y eso significaba una sola cosa, ella desde el cielo estaría muy feliz con lo estaba haciendo. Leonor renacería a pesar de estar completamente fría, porque a partir de ese momento adoptó con todo su deber en protegerla y cuidarla del mal exterior. De esa gente que no iba a entender su amor como ellos lo hacían, porque incluso para él resultaba raro que en vida solo le despertaba sus más bajos instintos, pero ahora despertaba sus más profundos sentires y por ello, iba a conseguir todo lo que ella quisiese.

Su motivación se filtró en la desesperación, alguien estaba tocando la puerta a esas horas altas de la madrugada, los grillos y los pájaros frenaron su coro, dejando solamente a los golpes contra la puerta de madera como el sonido preponderante.

- ¡Golero, abre la malparida puerta! - Decía el hombre-.

-Si ya voy, espérame un ratico ahí- Tiende su sabana sobre Leonor, cierra la puerta de su cuarto y camina hasta la puerta de entrada- ¿Aja que pasó?

-Estaba totalmente alcoholizado y sus piernas temblaban- Deme permiso, tengo una cagadera bien berraca – Y sin pedir permiso pero con complicidad de causa entró abarrotado guiado por su esfinter-.

Reinaldo era así, entraba a la casa de cualquiera a la hora que se le daba la gana, sobre todo a la suya por ser tan endeble, pero él debía tratarlo bien porque es su abuelo, aunque fuera por unos animales de diferencia. A su edad todavía creía que era el dueño de la finca, siendo que apenas vive en la casa de su padre como peón, depositó todo lo que en su fosa séptica había y aun subiéndose los pantalones, le habló a Golero como si le fuese a comprar unas papitas y una gaseosa.

-Que yo te he escuchao', ah, que seguro tienes a la burrita ahí en la cama con la puerta cerrada.

-No te entiendo nada, ya váyase para su casa.

Reinaldo insistía, Golero hizo el amague de agarrar su machete y de aquel viejo hombre solo quedó el depósito que fue a dejar, dando vueltas en el inodoro sin terminar de bajar. El iba a volver a lo suyo, abrió la puerta y le sacó la sábana.

Su sorpresa fue grande cuando la vio desnuda otra vez, se sentía ofendido del maltrato que le había hecho, olvidándole y ocultándole, para compensarlo, le acicaló todo el cuerpo. Le peinó su pelo envuelto en pelusa y polvo para que volviese a su rizado natural, puso en su rostro algunos polvos y colorinches para remarcar sus labios carnosos, sus facciones de negra linda y sus ojos como los de los búhos, pero no era suficiente, debía hacer algo más.

Ese era el problema, estaba desnuda mostrando indecencia, no quería eso, él tiene la responsabilidad de enarbolar su pureza porque así era, no era ninguna mujerzuela.

A esas horas de la madrugada no iba a conseguir mucho, aún si fuera ropa interior sería una complicación total. Pero también era un buen horario, los chismes iban a circular más lento dándole el tiempo suficiente, para poder huir con ella a donde su amor fuera una posibilidad, en el Eje Cafetero no estaba su vida, eso supo desde que vio su frente en esa noche plena en el monte que había sido, hace poco menos de cuatro

horas, pero ya sentía nostalgia.

En su casa él tenía alguna ropa de mujer, su don para robar fruta también lo usaba para muchas otras cosas, como en este caso, la ropa de aquellas mujeres de buenas intenciones y mala reputación, con las que a cambio de algún papel impreso lograba convalidar su encuentro carnal.

Lavó durante toda la madrugada cada prenda a mano para quitarle la impureza de las mujeres que las usaron, ahora ella modelaría para él. Sin embargo entre esas ropas encontró la ideal, dejó de lavar todas esas prendas vulgares y encontró un vestido naranja claro, logró recordar que ese se lo robó a su madre cuando se mudó, varias veces había volcado sus fluídos sobre él, todavía olían un poco a cloro.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? Que el mismo se las pusiese le ponía emocionado, solo él sabía de ese lado tan excitante de su amada, él y solo él.

Ya el alba marcaba su presencia entre la espesura de los árboles, los sembradíos del café se iluminaban dejando ver a los rojizos granos, como tinta roja sobre la amarillenta e incipiente mañana, mientras que, en los de arroz se veía el reflejo de los haces sobre la inundada tierra, pero ese espectáculo duraría poco, gracias, a una tormenta tropical inesperada.

Los vientos arremolinados asustaban a los peones y le hacía doler las rodillas a las personas mayores, el cansancio físico y estrés que pudiera tener cualquiera se desvanecieron tras una buena dosis de adrenalina.

Golero estaba el triple de asustado, ya que no estaba en su casa, si no en una cabaña abandonada al lado del río, donde pretendía escapar con un bote y su necrosa amada. Pudo darle detalles con el maquillaje con el barro hasta los pies, aunque no fuera mucho, le hizo un sombreado con algo de carbón y los labios se los pintó de rojo con las cerezas que compró en el mercadillo. Iban a irse de allí o eso era lo idóneo, la tormenta solo hizo crecer más las aguas del río, arreciaba como maremoto o eso pensaba Golero, que nunca salió de aquella región. De esa cabaña solo quedaron paja y palitos, él junto con su amada cayeron al agua, por la fuerza del agua fue jalada de sus brazos.

Ver su cuerpo irse entre las aguas lo puso melancólico, no podía creer que un hecho fatídico como aquel fuera tan precioso. Ella se movía entre las aguas como una sirena, como si hubiera nacido para nadar, su bello cuerpo bailoteaba con el danzar del agua y de su ropa se fue deshaciendo hasta que él le perdió el rastro.

La tormenta amainó a los días de comenzar, el cantar de los pájaros se hizo presente al día después de la tormenta cual si hubieran renacido de

entre el apocalipsis. Eran sonidos irritantes y a su vez de buen presagio.

Él, fue rescatado por sí mismo y las salientes de unas rocas de río, escaló hasta un pequeño bosquecillo, escondido como una zariguella pudo avanzar sin ser visto hasta su hogar, no volvió a buscarla, era tarde, perdió su amor allí mismo e iría a buscar, cuando el campesinado estaría buscando lo poco que la corriente dejó, sería algo más que un gato, atrapado por la cola mientras corretea a los gallinazos.

Sumido en su desgracia iba a trabajar en el monte, no si antes encender la radio, para suerte su casa no se inundó mucho.

Apenas escuchó los titulares fue corriendo a su sillón y encendió la televisión, los rechines del mueble no le molestaron en absoluto esta vez. Habían encontrado un cuerpo río abajo, eso decía el canal de noticias departamental y estaban las imágenes censuradas, tratando la noticia con suma precaución dotandolo de profesionalidad periodística.

Eso no le servía, así que siguió cambiando hasta dar con el noticiero local, donde tenían menos escrúpulos para esas cosas, allí vio a lo que parecía una mujer desnuda, o eso creía ver. De ese cuerpo horripilante solo se notaba que era humano, estaba totalmente envuelto en una densa capa de manchas verde, sobre su piel descascarada completamente hinchada y sin estar ahí lograba oler el olor putrefacto de un cuerpo en descomposición, sus ojos estaban completamente desvariados, su pelo maltrecho y esponjoso, si acaso alguna vez hubiera visto una peineta y se podía ver cierta voluptuosidad en su ya vencido cuerpo, pero su semidesnudez, acompañada de ese extraño vestido naranja con amarillo, no hacía más que hacerla ver como una prostituta completamente vulgar e insípida para él, según dicen los presentadores llevaba algunos días desaparecida.

-La mujer fue reconocida como Yuledis Martinez por su madre, Irene de Martinez que la reconoció ayer, cuando dos campesinos denunciaron la aparición del cuerpo en su maizal, la causa de muerte fue determinada al instante de ser encontrada por la policía. Un disparo en la cabeza pudo ser el agente que acabó con la vida, de esta conocida por todos en la región. Aquí María López en las noticias del día, seguiremos informando.

Esa mujer putrefacta se transformó en ese mismo instante, ya no lo era. Era Leonor, completamente desnuda frente a las cámaras y eso lo ponía celoso, su suave piel caramelo estaba a la posteridad de todos haciendolo enojar. Aún se notaba la belleza de su cuerpo como la primera vez que la vio, la inocencia de su mirada a través de la pantalla del televisor hacía aguar sus ojos. Apagó inmediatamente la pantalla y se fue a trabajar, ya se le hacía tarde.

Pero decidió hacer otra cosa, dio la vuelta y se metió siguiendo aquellos instintos, profundos y simples, veía al pueblo alejarse mientras iba directamente hacia los montes. Aún con esa gran tormenta, entre la tierra y las plantas pisadas profundas de botas habían pisadas de botas, como del mismo par que llevaba Leonor, resaltaban donde el agua no llegó a dar gracias a la densa arboleda.

Buscó ir por caminos alternos para no encontrarse con sus compañeros, pudo rearmar el camino pese a ir a contramano con tal de llegar a donde quería.

Allí estaba, entre los arboles donde se vieron por primera vez, entre esos palos de mango coronados con el sol del amanecer.

Dicen que el sol se ve mejor luego de una gran tormenta, las gotitas suspendidas en el aire forman arcoíris y ver luz saliendo entre la negra nubosidad, hace emocionar hasta al más recio militar. Subido a ese palo lograba sentirla, olerla e incluso palparla, su alma se estaba despidiendo de él con un beso profundo. Eso es lo que siempre le gustó de las películas, donde los enamorados se despiden uno del otro con un beso de amor puro que por suerte pudo replicar con ella. Ya se hacían las siete, los pájaros de canto fino suelen salir a esa hora, eso se lo dijo la señora del pueblo alguna vez, cuando se bajó pisó algo que le hizo resbalar.

Era una gorra, lo miró lo suficiente y no pudo determinar que hacía eso allí, hasta que cayó en cuenta. La había dejado caer de su mano por la emoción, tirada se aguantó aquel barrial, era un recuerdo que iba a atesorar. Analizó, cual infante, por todos los lados buscando conocerlo al completo, y entre el barro combinado con los aceites esenciales, de olores selváticos y penetrantes emanados de la tierra, en el lado de adentro leyó la etiqueta, los logos del fabricante e instrucciones de lavado, nada interesante a excepción de algo que llamaba su atención.

Por motivo incierto adentro había un bolsillo, tal vez para guardar alguna foto o pequeño recuerdo, había un documento de identidad, que al abrir, dejaba en claro que pertenecía a Yuledis Martínez, leyendo profundamente aquel documento de páginas vacías y mojadas, al final las hojas se chapoteaban barro, ocultaba el olor a papel con sus humos esenciales. Justo en la última página, donde debería estar apostillado, encontró un logo de letras como tatuado a fuego, de un grupo armado, de esos que escuchaba tanto amenazando por la zona.

Eran las 7:30 AM y aunque pasaron los meses nadie supo que le pasó a Yuledis alias Leonor, su madre pensó siempre que por prostituta alguien se cobró algún despecho, todos en aquel profundo poblado entre los granos de arroz, café y maíz, le afiliaban con los paramilitares, ganándose la apatía de su primogénita, quien buscaba limpiar su digno nombre de

esas oscuras causas.

Solo Fredericobic Michael Álbare era quien conocía su verdad, pero, para y porqué murió, ni siquiera su enamorado quería saberlo.